

Título: “Intelectuales del compromiso ante la Historia en los sesentas y setentas colombianos”

Autora: Sandra Jaramillo Restrepo

sljarami@gmail.com

Pertenencia institucional: Universidad de Buenos Aires, Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDInCI).

Intelectuales del compromiso ante la Historia en los sesentas y setentas colombianos.

Introducción

Con el avance de los años 60 nos hallamos ante la consolidación del fenómeno internacional de la nueva izquierda que había nacido a fines de la década anterior en reacción a la burocracia stalinista. Particularmente la invasión soviética a Hungría -cuando el socialismo de este país dio curso a los consejos obreros- produjo gran indignación, una de cuyas expresiones fue el viraje de los intelectuales hacia nuevas expresiones de izquierda intelectual y política. Internacionalmente la consolidación de esta corriente sería visible con el “socialismo con rostro humano” propio de la Primavera de Praga de 1968 al que también fue hostil la Unión Soviética. Para entonces el avance del mayo francés, la resistencia a la Guerra de Vietnam y otras expresiones contraculturales europeas, norteamericanas y asiáticas hacían más profundo el desencanto con el comunismo soviético que persistió más allá de la muerte de su líder. Por un breve periodo la Revolución Cultural China generó expectativas por haberse producido “desde abajo”, de modo que con el avance de la década esa nueva izquierda se pluralizó incluyendo expresiones maoístas de diverso cuño (Tarcus, 2008b; Archila et. al., 2009; Keucheyan, 2013; Tortti, 2014).

En Colombia el campo de las izquierdas también encontraba gran agitación, explicable más acá de este clima internacional catalizado además por la Revolución Cubana en la región. En el país andino, el descontento social desatendido por el Frente Nacional, la penetración norteamericana a través de la Alianza para el Progreso y el hostigamiento

militar en zonas de autodefensas campesinas que desde los años 40 resistían la expansión terrateniente, encontraba una aguda reacción en la emergencia de guerrillas comunistas con inspiración soviética (FARC) y de la nueva izquierda inspiradas en el maoísmo (EPL) o en la vertiente cubana (ELN) (Archila y Cote, 2009; Zuleta, 1991). Pero la masificación del movimiento estudiantil complejizaba el escenario colombiano al que en 1966 llegó como presidente el liberal Carlos Lleras Restrepo, quien con un marco cepalino promovió la organización campesina vía la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC), pero al tiempo sostuvo muy tensas relaciones con el estudiantado (Molano, 2004; Archila 2008; Villamizar, 2013).

En esta ponencia estudiamos, a partir de un estudio de caso, esto es, el itinerario político intelectual de Mario Arrubla (1936), el paso desde una postura de intelectual del compromiso surgido en el seno del *Grupo Estrategia*, y una resignificación de la praxis habilitando el desarrollo de la historia y las ciencias sociales en el país andino. Se realiza una apuesta diacrónica, porque se observan las intervenciones en los años 60 hasta fines de la década siguiente. Lo que hemos hallado es que a lo largo de esta década existen ecos del *Grupo Estrategia* a modo de ondas producidas por el impacto de una piedra sobre un espejo de agua. Nuestra idea es que en *Estrategia* se configuró un programa político intelectual que hallaría nuevos intentos de realización en los años 70, a través de otras formas de intervención. De esta manera el liderazgo de los intelectuales que atendemos se puso en juego, pero de manera distinta en cada caso y dicho liderazgo no pasó sólo por las figuras Arrubla y Zuleta como tal, sino también por otras razones. Estas son, el papel que sigue jugando el humanismo propio del modelo intelectual sartreano y la *afinidad electiva* que se dio en *Estrategia* –no solo entre Arrubla y Zuleta sino en el marco de una sociabilidad más amplia que concretó este *proyecto* político intelectual como reacción al comunismo local y soviético. Dicho en otras palabras, afirmamos que a partir de *Estrategia* se armó una facción de la nueva izquierda intelectual que seguiría jugando un papel en los años 70 y que no necesariamente actuó en la nueva década como un grupo unificado.

La tierra, el desarrollo y la violencia

El proceso de industrialización o “seudointustrialización” vivido desde 1930 en América Latina, vía la sustitución de importaciones a la que obligó la gran crisis, estuvo en consonancia con la urbanización creciente, el crecimiento de la clase obrera y la modificación de la vida campesina. Durante los años 60 y 70 este proceso tuvo diversas

lecturas y fue motivo de álgidos debates político ideológicos, uno de los cuales confrontó visiones cepalinas que veían en el desarrollo posibilidades de transformación de estructuras agrarias, con enfoques nacionalistas que encontraban fuertes limitantes en esta opción allende el binomio dependencia imperialismo (Ansaldi, 2003; Villamizar, 2013; Aricó, 2017).

El *Grupo Estrategia*, central en nuestro análisis, hizo su propia lectura de los años 30 colombianos e intervino en el debate sobre las posibilidades del desarrollo. Dicha intervención quedó plasmada en la revista homónima a inicios de los años 60. Los líderes del grupo, ubicados para entonces en esta segunda corriente, la que trabajaba con la noción de dependencia, vieron en la coyuntura de 1930 un momento clave de la historia del país porque el desbalance comercial de la gran crisis había favorecido el paso del semicolonialismo al neocolonialismo con la consecuente configuración de una cierta industria nacional (Arrubla, 1962). En el caso colombiano dicha industria estaba basada en el café, y aunque la condición neocolonial no favorecía una suficiente acumulación para mejorar la inversión en bienes de capital, la posguerra trajo consigo una situación atípica. Arrubla explicaba que en la historia nacional se habían encontrado la “existencia de una buena capacidad de importación y necesidad de la economía capitalista de importar bienes productivos”, es decir, la “necesidad de impulsar el desarrollo y la posibilidad paralela de realizarlo”. Dicho encuentro inédito era explicado el autor porque en los años de la postguerra, el exceso de la demanda de café sobre la producción mundial exportable motivó un aumento sin precedentes en el precio internacional del producto, de modo que

La bonanza del comercio exterior era la prueba de fuerza que enfrentaba dos épocas de la historia de nuestra dependencia: la semicolonía que amenazaba recobrar el pulso de la vida arropada por millones de dólares y la neocolonia que no tenía más opción que restañar sus heridas con los juegos venenosos que perseguían su muerte. Esta prueba de fuerza demostró sin lugar a duda que Colombia había sido ganada definitivamente para neocolonialismo y que la burguesía industrial había asentado su predominancia sobre la burguesía compradora y demás clases explotadoras (Arrubla, 1964, pp. 53)

Esta coyuntura económica tuvo su contraparte política con la adopción del nuevo arancel aduanero de 1951 “que daba una fuerte protección a las industrias productoras de bienes

de consumo y que gravaba por lo bajo los productos” y de esta manera el país conoció un fuerte desarrollo industrial entre 1945 y 1953. Sin embargo, buena parte de la acumulación de capital fue a parar a manos de nacionales poseedores de grandes extensiones de tierra, “parte de ellas momentáneamente ociosas” (Arrubla, 1969, pp. 16). Desde entonces el “problema agrario” en el país como un estado de gran propiedad territorial explotada ineficientemente y sin posibilidades de colonización porque los títulos de propiedad eran reivindicados por terratenientes que ampliaban sus propiedades (Arrubla, 1976, pp. 8). Para inicios de los años 60 los trabajos sobre el problema agrario eran escasos, pero Arrubla consideró que en materia de periodización los planteamientos de Lauchlin Currie y los del sociólogo James Parsons (norteamericano que se había aplicado a estudiar la colonización antioqueña) eran adecuados porque mostraban que pese a expresiones previas de industrialización, el “gran impulso” en el país “ocurrió en el periodo 1930-1933”. Pero las derivas políticas de Arrubla eran muy otras a las de Currie, quien a través de su Plan Colombia exponía alternativas desarrollistas para el país (capítulo 3). Allende lo cual Arrubla matizó años después que el economista de origen canadiense había llegado en una misión que buscaba “el mejoramiento del nivel de vida y del bienestar material de los colombianos” y también intentó abordar su pensamiento de forma más pausada sin dejar de tomar distancia del “radicalismo capitalista” de Currie (Arrubla, 1976, pp. 8). Volveremos sobre esta variación más adelante.

El hecho es que en el seno de *Estrategia* operaba una recepción del marxismo y Arrubla contrastaba, de la mano de *El Capital*, el “desarrollo clásico” expuesto por Marx con el desarrollo en una economía dependiente como la colombiana. En el primer caso el desarrollo se concretaba según una industrialización progresiva y sostenida “hasta cierto punto armónica” entre el sector primero y el sector segundo (el de materias primas) que permitía la expansión del mercado interno y la apertura de mercados externos. Para lo cual era clave la “acumulación originaria del capital” que habían experimentado los países industrializados. Era claro para Arrubla que este desarrollo había sido posible por “el saqueo de las materias primas coloniales” y “los traslados masivos a las metrópolis de la plusvalía extraída a tres continentes”, según la lógica de una violenta descomposición del campesinado. Pero en *Estrategia* se debatía que en condiciones neocoloniales el desarrollo tenía implicaciones mucho peores porque requería el más alto “costo social”, “una cuota particularmente elevada de dolor para las masas populares”, ya que “en ausencia de industria pesada las posibilidades de empleo quedan ampliamente a la zaga

de la oferta de trabajo, el ejercito de reserva adquiere proporciones monstruosas” (Arrubla, 1964, pp. 57-59).

De acuerdo con lo anterior, en *Estrategia* se planteaba que en Colombia, desde fines de los años 40, se vivía “un proceso agudo de disolución de la vida del campo” hecho a “*sangre y fuego*”. La burguesía de los países dependientes había entendido que debía “introducir modificaciones más o menos importantes en las formas políticas de su dominación”, lo que podía implicar gobiernos fuertes “gran-burgueses” o dictaduras de diferente tipo. Colombia no era la excepción por lo cual desde la postguerra se inauguró allí “un período de diez años de dictadura que dejó un saldo de más de 200.000 colombianos asesinados” (Arrubla, 1963, pp. 33. Subrayado nuestro).

El uso de la expresión “sangre y fuego” acá lo hallamos relevante, pues se trata de una expresión con larga carrera en la política colombiana observable desde fines de los años 40 hasta la actualidad. El político conservador José Antonio Montalvo utilizó la expresión en un discurso ante el Senado de la República el 6 de noviembre de 1947 para señalar que así se defendería, de ser necesario, el gobierno de Mariano Ospina. En dicho gobierno Montalvo actuó como Ministro de Justicia y de Gobierno. A propósito de esto el dirigente comunista Gilberto Viera opina que la primera etapa del movimiento guerrillero colombiano que él data desde fines de 1949 hasta mediados de 1953 fue un movimiento preponderantemente de influencia liberal que “expresaba la resistencia del Partido Liberal a la política de “sangre y fuego” de la dictadura de Ospina Pérez, de Laureano Gómez, de Urdaneta Arbeláez” (Valverde, 1973, pp. 42).

Si el vínculo desarrollo-violencia no era singular de *Estrategia*, lo que sí era especial era la forma de argumentarlo a través de un lenguaje económico y contando con categorías como dependencia e imperialismo que le daban gran peso a las coyunturas internacionales (Croner, 1970). Además de que se vinculaba el desarrollo del país, marcado por una violencia tan cruel, con un proceso universal de desarrollo capitalista. Es que el marco teórico derivado del marxismo conectaba el *Grupo Estrategia* con la idea de economía mundo y fue esta precisamente su marca específica en la vida intelectual colombiana. La noción “dependencia neocolonial” acuñada por él hizo carrera en los campos político e intelectual de los años 70, una de cuyas expresiones fue la tesis de grado en la Facultad de Economía de la Universidad de los Andes centrada en esa noción que escribió Oscar Rodríguez Salazar. La cual fue posteriormente publicada por la editorial de izquierda *Tigre de Papel* bajo el título *Efectos de la gran depresión sobre la industria colombiana* (1973). Este autor concluyó que el aporte de Arrubla era

considerable en tanto introducía la variable internacional y caracterizaba la industrialización colombiana. Pero él tomaba distancia de Arrubla en términos de su lectura histórica por considerar que la ausencia de la variable “relaciones de producción”, restaba dinamismo. Para esto contraponía el estudio del sociólogo Darío Mesa (1957) ya citado, quien vía su propia reconstrucción histórica llegaba a la conclusión de que para 1930 el país ya contaba con la base de una industria moderna que había iniciado al menos un lustro antes, afirmación que para el propio Arrubla (1964, pp. 37) “no era del todo justa”. En relación a este punto Rodríguez Salazar se basaba en el texto *Crítica de una teoría de la dependencia: a propósito de Arrubla* de su profesor Salomón Kalmanovitz, texto que desde inicios de los años 70 circuló en contextos universitarios en forma mimeografiada.

Kalmanovitz era para entonces un joven economista que había regresado al país tras formarse en Estados Unidos. Al entrar en contacto con las izquierdas locales halló que el autor de referencia para estas era precisamente Mario Arrubla y fue a quien eligió como contrincante. Kalmanovitz empezaba a militar entre los trotskistas criollos que en ese momento se expresaban bajo la revista *Ideología y sociedad* (1972-1977). En realidad el trotskismo hacía parte de una corriente más amplia denominada Tendencia Socialista que había surgido en el país a inicios de la década en el seno de un nuevo pico de movilización estudiantil (Gómez, 2004; García Velandia, 2009; Caro Peralta, 2015). La segunda época de esta revista comenzó en 1972 y allí sus promotores explicaban que su análisis de la categoría capitalismo, se basaba en la investigación de Mario Arrubla quien “logra esclarecer que la relación de dependencia con la metrópoli, no es un dato ‘exterior’ sino efectivamente un elemento estructural de la economía colombiana” (Una explicación, 1972, pp. 7). Un par de años después refrendaban esto al indicar que a partir de 1969 se había “venido configurando un movimiento socialista (marxista) que aunque se encuentra en periodo de formación, ha logrado sostener los planteamientos teóricos fundamentales de la obra de Arrubla”, ello en contraste con el PRS que en los años 60 “agrupaba el *núcleo de los intelectuales marxistas más lúcidos*”, el cual “no cristalizó un movimiento político que mantuviera en primer plano, dentro del debate de la izquierda, los planteamientos teóricos de Arrubla” (Presentación, 1974, pp. 108. Subrayado nuestro). De esta manera, la Tendencia Socialista reconocía en el líder de *Estrategia* una suerte de paternidad al tiempo que le asignaba un *capital cultural*, y establecían una continuidad con el PRS. Sin embargo, fue también en el seno de esta colectividad que se originó una crítica a Arrubla que sirvió de base a otros sectores de las izquierdas. Kalmanovitz jugó

aquí su papel, pues fue precisamente en *Ideología y sociedad* donde se publicó en 1974 la crítica a Arrubla que venía circulando de forma mimeografiada. Este autor iniciaba reconociendo el significativo avance que para el campo de la economía en Colombia significaba *Estudios sobre el subdesarrollo colombiano*, pero desarrollaba una crítica radical que se movía en distintos planos. Kalmanovitz contaba con indicadores macroeconómicos de la segunda mitad de los años 60 que dejaban ver un repunte en el desarrollo colombiano por lo cual la ausencia de bienes de capital no impedía que vía materias primas o productos intermedios pudiese haber avances. Al parecer de este, Arrubla adolecía de un análisis más cuidadoso de estos bienes intermedios porque su análisis estaba descentrado de las relaciones de producción. Este descentramiento incomodaba a Kalmanovitz y le parecían insuficientes los matices o salvedades que Arrubla hacía para darle un peso a las condiciones históricas internas con respecto a las externas propias de la economía mundo. Muchos años después Arrubla declaró que esta era la mejor crítica que había recibido y explicó que él efectivamente había declarado demasiado rápido el cierre estructural de la economía nacional por estar muy apegado a la noción de dependencia; aunque declaraba también que había sido una crítica malograda por el “ingrato trabajo de las discusiones polémicas” en el que a su parecer estaba intrincado Kalmanovitz en los años 70 (Arrubla, 2004, pp. 115).

Se pretende observar las variaciones del modelo de intelectual comprometido que operó en dos figuras clave de la nueva izquierda colombiana: Mario Arrubla (1936) y Estanislao Zuleta (1935-1990) nucleadas en el *Grupo Estrategia* (1962-1964). Específicamente veremos esta variación contrastando la interpretación de la historia nacional que construyeron en el seno de ese grupo, con los ecos que de ella son observables en la década del 70 a través de la revista *Cuadernos Colombianos* (1973-1979) dirigida por el primero de los intelectuales y las *Conferencias sobre historia económica de Colombia* ofrecidas por el segundo y publicadas en varias ocasiones.

A fines de los 50 se gestó en el país andino el régimen del Frente Nacional en oposición al cual se generaron condiciones de agitación social. La intelectualidad crítica “silenciada” por el horror del periodo de la Violencia que antecedió, cedía su lugar a una intelectualidad cada vez más contestataria que disputaba con otras corrientes el liderazgo de un movimiento estudiantil en vías de radicalización. El Partido Comunista entre tanto se aliaba con esta facción de la burguesía que consideraba progresista, en buena medida porque entendía que la historia nacional estaba llamada a una “etapa” desarrollista.

En ese clima político se produjo un estudio pionero de la formación nacional en el *Grupo Estrategia*. Los intelectuales allí nucleados no vieron potencial revolucionario en la facción liberal disidente del régimen, a juzgar por su configuración histórica pro imperialista, aunque también por su acción política a inicios de los 60. La visión de la historia nacional en este grupo tenía fuertes marcas humanistas, pero también operaba una tensión con el estructuralismo. De hecho fue pionero su entendimiento de que la historia del país estaba entramada en una historia universal que vinculaba los países imperialistas con los dependientes, según una ley de desarrollo desigual negadora del etapismo. Esta visión también era reivindicada en su momento por el marxismo crítico que se oponía al comunismo internacional, nos referimos a autores como Mandel o Baran, referentes en este aspecto para los colombianos.

Esta visión universal de la historia fue criticada por su enfoque estructuralista por historiadores contemporáneos, pero entendemos que se trataba de una herramienta privilegiada para comprender el país por fuera de marcos provincianos y mejor integrado al "sistema mundial". Esto en tiempos de escaso desarrollo de las ciencias sociales en el país. Aunque el modelo como intelectuales comprometidos llevaba a que este enfoque también era privilegiado porque permitía debatir con el comunismo criollo. El contexto político e intelectual entrada la década del 70 generó condiciones distintas y estos intelectuales se vieron ante la necesidad de recrear su compromiso. Una de esas vías fue precisamente el saber de la Historia.